

**ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



**DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:**

**Dr. Rafael Montejano y Aguiñaga**

**Sillón: 20**

**26 de agosto de 1974**

**RESPUESTA DEL ACADÉMICO:**

**Dr. Luis González y González**

# Sobre la historiografía potosina\*

DISCURSO DE INGRESO A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA LEÍDO POR  
EL DOCTOR RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

EL 26 DE AGOSTO DE 1974

Vengo aquí, por una amable deferencia de los ilustres miembros de la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid, desde un recoleto rincón de la patria —San Luis Potosí— donde, a lo largo de varios lustros, como apasionado y terco gambusino de la historia regional, he removido con amoroso afán los secos y desperdigados cauces de la región en busca de la verdad local pretérita. Soy uno más de esa cuadrilla de buscones de los Reales de Minas de la historia potosina que, desde el remoto siglo XVII, las más veces solitarios, pocas en parejas, por vocación y no por profesión ni lucro, "por actitud romántica" —al decir del maestro González y González—,<sup>1</sup> nos echamos a la obra de reconstruir el pasado de la patria chica.

Vengo a esta cátedra, como vinieron otros conterráneos míos —ellos sí pletóricos de méritos—, con la imponente responsabilidad de continuar, a través de mi tiempo, la historiografía potosina levantada por ellos desde el humilde terreno de la afición a los altos planos de la ciencia. Por bondadosa deferencia —repito— de esta perilustre Academia, vengo a alinearme —peón gambusino de la microhistoria, con mi pico y mi criba en mano— a la zaga de don Ignacio Montes de Oca y Obregón, uno de los fundadores de esta Institución; de don Primo Feliciano Velázquez, de los primeros en ser inscritos en su álbum; de don Guillermo Tritschler y Córdova, tan conocedor de la historia y del arte mexicanos; de don Joaquín Meade, el solitario y abnegado investigador de las antigüedades potosinas y huastecas, especialmente; y de don Francisco de la Maza, nuestro imponderable historiador, crítico y defensor del arte virreinal.

Cabe la obra y fama de tales y tamaños maestros y de la de muchos

---

\* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Tomo XXX, 1971-1976, pp. 138-174

<sup>1</sup> L. González. "La Historia Regional ante la Historia Nacional" en *Primer Encuentro de Historiadores de Provincia*, 26 de agosto de 1972. San Luis Potosí, S.L.P., 1972, p.47

otros más que le han dado vida y lustre esplendoroso a esta Academia, hoy me toca instalarme. Y quiero hacerlo evocando el perdurable quehacer histórico de mis conterráneos el de ellos y el de sus antecesores, tanto próximos como remotos, y el de otros historiógrafos potosinos también que, no por modestos y desconocidos, hicieron obra original y efectiva y fueron urdiendo, con silencioso, tenaz y fecundo afán, la tela de nuestra historiografía regional.

Si por historiografía potosina entendemos la reconstrucción más o menos cabal, en el espacio y en el tiempo, del pasado regional y con cierta calidad científica, por encima de los anales y de las crónicas, ésta es una disciplina relativamente nueva entre nosotros. Se empezó a gestar a poco de la Independencia y le vino a dar la luz en las postrimerías del siglo pasado, cuando ya otras entidades contaban con la suya propia. Es éste un fenómeno interesante, admirable y laborioso en el que, cuanto había de conocimientos y debía servir de base, más que ayudar, estorbaba con sus vaguedades y notorias contradicciones. Caso típico: el cuándo, cómo y por quiénes se fundó la capital del Estado.

Siendo San Luis Potosí la última de las grandes fundaciones en el siglo XVI, en la raya del gran foco de evangelización, dentro de las vagas fronteras de los chichimecas, punto de contacto entre las aventajadas culturas del centro y las retrasadas de Aridoamérica, tocóle mala suerte, y pocos cronistas se ocuparon de él y de su gente y en forma por demás superficial y deficiente. Pames, guachichiles, chichimecas y otomíes no dejaron documento alguno de su historia, y su cultura tan bárbara no mereció un Sahagún que la estudiara y conservara. Los huastecos, muchísimo más aventajados, sí nos dejaron reliquias de su cultura en la cerámica, en la escultura y en sus construcciones. Pero lo que sobre ellos pudo haber escrito fray Andrés de Olmos, se ha perdido.

Nada había en el extenso territorio potosino, exceptuando la Huasteca con sus raíces mayoides y con las intrusiones aztecas, que llamara la atención de los frailes cronistas: ni ciudades prehispánicas, ni pirámides, ni edificios, ni organización. Nada, sólo gentes bárbaras, especialmente guachichiles y chichimecas que —en frase de Arlegui— "infestaban con tiranas y escandalosas muertes todas las tierras y caminos que hay desde San Miguel el Grande hasta Zacatecas, Charcas y Río Verde".<sup>2</sup> Si alguno que otro cronista accidentalmente volvía sus ojos a estas tierras, era precisamente para

---

<sup>2</sup>J. Arlegui. *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*. 2ª ed. México, 1851, p. 281.

describir cómo exponían sus vidas los misioneros que se adentraban por acá y los trabajos indecibles que pasaban. Tal es el caso de Mendieta cuando narra el martirio de fray Juan del Río acaecido en Charcas. Y no habiendo cultura que estudiar, los frailes misioneros se dedicaron al aprendizaje de las lenguas y a la catequización. Ya muy tarde algunos religiosos franciscanos, como el R. P. Rizo, siendo Provincial, y el P. Lazcano, pensaron en acopiar datos para una crónica.<sup>3</sup>

Por otra parte, lo que es hoy el Estado de San Luis Potosí, quedó bajo la jurisdicción, más que de varias órdenes, de varias provincias y autoridades. Ciertamente, bajo la dominación española, hubo en San Luis Potosí seis órdenes religiosas. Pero de todas éstas, solamente se difundió en el Estado la franciscana; la agustina no tuvo más que dos o tres casas en la Huasteca Potosina, y las demás se limitaron a un convento cada una en la ciudad. Dichas órdenes, exceptuando a los franciscanos, que se adelantaron a los conquistadores, y exceptuando también a los carmelitas, que llegaron en el siglo XVIII, acudieron a San Luis Potosí entre 1600 y 1650.

La conquista del Estado se inició por tres puntos distintos por la Huasteca, por el Río Verde y por los límites con Zacatecas. La entrada que hizo Hernán Cortés en la primera, en 1522, casi no cuenta. Fue el gran apóstol fray Andrés de Olmos su evangelizador y quien organizó aquellas misiones bajo la Custodia del Salvador de Tampico, fundada hacia 1550, dependiente de la Provincia del Santo Evangelio de la Nueva España, es decir, de México. Así es que los franciscanos de la Huasteca pertenecían a dicha Provincia.

En la comarca del Río Verde trabajaron también los franciscanos. A fines del siglo XVI abrió el camino fray Juan de Cárdenas; consolidó su obra fray Juan Bautista Mollinedo, quien fundó pueblos y estableció la Custodia de Santa Catarina Virgen y Mártir del Río Verde, sujeta a la Provincia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán, distinta de la del el Santo Evangelio de México. Esta Custodia comprendía, entre otras, las misiones del Valle del Maíz, de Alaquines, de Lagunillas, de Jaumave, de Tula.

Y en la región del valle de San Luis Potosí y al norte y al poniente desarrollaron sus apostólicas labores otros franciscanos, distintos de los

---

<sup>3</sup> Arlegui, *op. cit.*, p. 382.

anteriores, o sea, los de la Provincia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de los Zacatecas. Estos religiosos fundaron conventos en Mexquitic, San Luis Potosí, Tlaxcalilla, Santa María del Río, Venado y Charcas, desde donde se lanzaron a la conquista del Norte. Los agustinos, que ya andaban por la Huasteca, llegaron a San Luis Potosí a la zaga de los franciscanos y fundaron convento hacia 1612, aunque habían llegado en 1599. Los agustinos de la Huasteca pertenecían a la Provincia de la Nueva España y los de San Luis Potosí a la de San Nicolás Tolentino de Michoacán.

Franciscanos y agustinos fueron los únicos que tuvieron varias residencias en el Estado. Aquéllos, en toda su extensión; éstos, en una mínima parte de la Huasteca Potosina y en la ciudad. Las demás órdenes: jesuitas, juaninos, mercedarios y carmelitas sólo tuvieron una casa en la entidad.

En cuanto a las mitras, toda la Huasteca pertenecía al arzobispado de México; otra buena parte, en ella la actual capital, al obispado de Michoacán; y otra menor, el poniente y el norte, al obispado de Guadalajara. En suma, tres obispados y seis órdenes religiosas pertenecientes éstas a nueve provincias distintas.

Y en lo tocante a la organización política, una región correspondía a México, otra a Guadalajara y otra más, la del extremo norte, la reclamaban las autoridades del Nuevo Reino de León.

Esta múltiple división no era, ciertamente, propicia para la historiografía potosina. Las fuentes tenían que estar dispersas y las crónicas dislocadas. Además, las jurisdicciones potosinas, a cualquier provincia, que pertenecieran, estaban en la raya misma o casi, por lo que los sucesos habidos en ella se perdían o se desvanecía su importancia. Finalmente, San Luis Potosí se evangelizó y robusteció cuando las órdenes religiosas habían perdido su prístino vigor y escaseaban los Sahagún, los Motolinía y los Mendieta.

Por añadidura, esta fragmentación privó al San Luis virreinal —pueblo en cierne y pobre, aun con las veleidosas minas de San Pedro— del sentido de unidad. En tales circunstancias y con tamaña extensión —y más cuando fue Intendencia— no podía sentirse una patria chica. Si acaso, sólo podían sentirse potosinos, es decir, miembros de una comunidad con idéntico origen, cultura y destino, los de la Alcaldía Mayor de San Luis y, tal vez, los de los agregados de Río Verde, Guadalcázar y Charcas, aunque

separados entre sí por las diferentes jurisdicciones. No podía hablarse de una patria chica con alma y existencia propias dentro del ser nacional.

Según el consabido aserto del gramático Mario Victorino *Primo annales fuere, post historiae factae sunt*— primero se escribieron las cónicas, después las historias— fueron los cronistas lo que trazaron las páginas iniciales de nuestra historiografía. Y el primero vino a ser el general Fernando Sánchez de Zamora, justicia mayor y teniente de capitán general del Río Blanco. No conocemos su acta de nacimiento, pero consta que, antes de entrar al Nuevo Reino de León “era vecino de San Luis Potosí”<sup>4</sup> donde, al parecer, vivía dedicado a la minería. Don Eugenio del Hoyo lo supone natural de dicha ciudad.<sup>5</sup>

El general Sánchez de Zamora, primer cronista potosino, es el autor de una parva relación *Descubrimiento del Río Blanco y conversión de sus naturales, hecha por los religiosos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de Zacatecas*, concluida hacia 1680 e incorporada por Juan Bautista Chapa a su *Historia del Nuevo Reino de León de 1650 a 1690*.<sup>6</sup>

Esta crónica o —como la llamó su autor— “cuadernillo de apuntamientos que había hecho del dicho Real del Río Blanco” está dividida en seis párrafos, más un “intermedio”.

Río Blanco se llama ahora Aramberri, N.L. Por el nombre y por el tema parecería que esta relación es ajena a la historiografía potosina. Mas no es así. Los hombres que intervinieron en ése y otros descubrimientos estuvieron íntimamente ligados a Charcas, fecundo y formidable foco de evangelización en el Norte, y a Matehuala. Los guardianes de charcas, según puede verse en Arlegui, dirigieron ésa y otras fundaciones<sup>7</sup> y en los libros de esta parroquia hemos visto actas de la fundación de algunas poblaciones nortañas.

Sánchez de Zamora vivía en San Luis Potosí cuando, a raíz de la muerte del alcalde mayor capitán Antonio de Orpinel, en agosto de 1659, don

---

<sup>4</sup> A. de León. *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*, escrita en el siglo xvii por el capitán Alonso de León, Juan Bautista Chapa y el general Fernando Sánchez de Zamora. Estudio preliminar y notas de Israel Cavazos Garza. Monterrey, 1961, p. 228.

<sup>5</sup> E. del Hoyo. *Historia del Nuevo Reino de León (1577-1723)*. Monterrey, 1972, P. 342.

<sup>6</sup> A. de León, *op. cit.*, p. 226-247

<sup>7</sup> Arlegui, *op. cit.*, p. 103-108.

Martín de Zavala, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de León, "por darle gusto al padre Caballero",<sup>8</sup> guardián del convento de Charcas, lo nombró justicia mayor y teniente de capitán general del Río Blanco, oficio del que tomó posesión el 13 de octubre siguiente.

En su cargo Sánchez de Zamora actuó con celo y eficacia ejemplar. De San Luis llevó "todo lo necesario"<sup>9</sup> para fundar haciendas de beneficiar metales y descubrir minas. Pero, más que todo, como lo explica muy bien el profesor Cavazos Garza, destacó como misionero seglar y poblador. Primero, en compañía de su tío fray Juan Caballero y de otro religioso lego, fray José de San Gabriel, "varón de excelente espíritu",<sup>10</sup> recorrió la región; después, ya con los mismos, ya con otros franciscanos, recorrió la región y aun se internó en la Huasteca, pacificando, descubriendo y poblando misiones. Treinta años empleó en estos difíciles, laboriosos y fecundos menesteres. Desconocemos la fecha de su muerte.

Fue un hombre de regular cultura, a juzgar por sus hechos y su crónica.<sup>11</sup> Ésta, incorporada a la de Juan Bautista Chapa y a la de Alonso de León, corrió la suerte de ambas y permaneció inédita y desconocida durante más de dos siglos. Fue publicada por don Genaro García en 1909. Otra edición —magnífica por el "estudio preliminar" del profesor Cavazos Garza— se hizo en Monterrey, en 1961.<sup>12</sup>

Peninsular, oriundo de la villa de la Guardia, en los reinos de Navarra, pero potosino por vecindad, por su obra y por su muerte, fue fray José de

---

<sup>8</sup> A. de León, *op.cit.*, p. 228.

<sup>9</sup> A. de León, *op. cit.*, p. 103.  
Arlegui, *op. cit.*, p. 103.

*Cfr.* el excelente y documentado "Estudio preliminar" del profesor Cavazos Garza a la obra citada de A. de León, p. LII-LVI.

<sup>10</sup> Chapa continuó la crónica de A. de León en forma anónima y bajo el nombre de éste la cita Beristáin. Hay varios manuscritos, cinco por lo menos, de tal obra, con las tres relaciones. Don Genaro García las publicó en *Colección de documentos inéditos o muy raros Para la historia de México*. Volumen xxv. México, Vda. de Ch. Bouret, 1909. El profesor Cavazos Garza demostró muy documentadamente que el anónimo continuador de la crónica del capitán A. de León es Juan Bautista Chapa y así la publicó en la edición citada arriba en la nota 4.

<sup>11</sup> *Cfr.* El excelente documento "Estudio preliminar" del profesor Cavazos Garza a la obra citada de A. de León, p. LII-LVI.

<sup>12</sup> Chapa continuó la crónica de A. de León en forma anónima y bajo el nombre de éste la cita Beristáin. Hay varios manuscritos, cinco por lo menos, de tal obra, con las tres relaciones. Don Genaro García las publicó en *Colección de documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. Volumen XXV. México, Vda. De Ch. Bouret, 1909. El profesor Cavazos Garza demostró muy documentadamente que el anónimo continuador de la crónica del capitán A. de León es Juan Bautista Chapa y así la publicó en la edición citada arriba en la nota 4.

Arlegui. Nació al empezar el año de 1686; a los a los quince años y medio de su edad, el 6 de julio de 1701, vistió las ropas franciscanas en el convento de San Francisco de Vitoria, un año después le admitieron a la profesión y hacia 1709 recibió el sacerdocio. En Miranda de Erro se inició en el magisterio, y con tan buen suceso, que pronto ascendió a lector de teología en Vitoria.

De este convento, por obra de las pláticas de fray Juan de Ocaranza, se trasladó a la Provincia de N. S. P. S. Francisco de los Zacatecas por el año de 1717. En ésta, sea como lector, sea como orador, sea como misionero, refrendó y ensanchó el buen nombre que traía. Viajó por varios lugares, ocupó puestos superiores y, como tal, renovó fábricas, inició otras y gobernó con tan buen tino que, en 1725, en el capítulo tenido en San Luis Potosí, fue electo provincial.

Desde entonces fue ésta su ciudad predilecta. Si bien hizo obras en otros lugares, en San Luis levantó un templo a Ntra. Sra. de los Remedios <sup>13</sup> y, al parecer, empezó la fachada del de San Miguelito. Concluido su provincialato pasó sus siguientes años o en el convento de San Francisco o en el de Tlaxcalilla o en el de Santa Maria del Río, potosinos los tres. Era guardián del último cuando, en el capítulo intermedio celebrado allí mismo, el 6 de noviembre de 1634, lo escogieron para que escribiese la crónica de su provincia.

Sin descuidar las fatigas de su ministerio se aplicó a la redacción de la crónica con tal diligencia que, año y medio después, el 3 de mayo de 1736, ponía punto final, en el convento de Tlaxcalilla, a su *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*, impresa al año siguiente por Hogal, en México.<sup>14</sup>

No fue esta valiosísima obra la única que escribió fray José de Arlegui. Dejando aparte sus once doctos sermones impresos, de los cuales nueve pronunció en San Luis Potosí, y un estudio sobre la licitud del comercio del oro y de la plata, el padre Arlegui prosiguió en la investigación de la historia franciscana de su provincia. Por encargo del P. Rizo, a quien se lo rogó el ilustre Eguiara y Eguren, nuestro cronista se dio a la tarea de compilar la biobibliografía franciscana de su provincia. Para entonces ya estaba enfermo de gota. Creemos que en este quehacer biobibliográfico lo alcanzó la muerte, en marzo de 1750, en su patria adoptiva, San Luis Potosí, de la que ya no se

---

<sup>13</sup> Arlegui, *op. cit.*, p. 51.

<sup>14</sup> Arlegui. *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas...* En México, por Joseph Bernardo de Hogal, año de 1737. (14), 412, (9) p., 20.5 cm. Cfr. J. Ruiz de Larrinaga. "La Crónica de fray José Arlegui" en *Archivo Ibero Americano*, Madrid, XXVII, 1926, 217-219.

desprendió desde 1728.

A más de dos siglos y medio de distancia, la *Crónica* de Arlegui conserva su lugar cual "monumento histórico de inestimable valor y fundamental para el estudio de gran parte de la historia colonial potosina. Podemos calificarla por eso —afirman los bibliógrafos Alcorta y Pedraza— como la crónica potosina por excelencia".<sup>15</sup> Y vale no sólo para nosotros sino para todo lo que fue la enorme provincia franciscana de Zacatecas.

Tiene sus defectos. Además de ser incompleta en lo religioso, es deficiente en lo civil y político; y en cuanto a ciertas fechas —la fundación de la ciudad de San Luis Potosí, por ejemplo-- inexacta o contradictoria. Sin embargo, como autorizadamente la juzga don Primo Feliciano Velázquez, es

la obra más fina y preciada de una literatura dos veces secular; no sólo porque guarda como arca incorruptible la memoria de prodigiosos hechos, trabajos y padecimientos heroicos en que no se ejercitó ninguna otra pluma, sino porque vaciado en el viejo molde de Mendieta y Torquemada, refiere en estilo levantado y grave como las notas de un órgano, los remotos sucesos de que fue testigo esta dilatada provincia. Así como han ido saliendo a luz cédulas reales, informaciones jurídicas, autos de repartimientos de tierras, que nos han permitido vislumbrar los orígenes de estos pueblos, irá el tiempo dando de sí, ya manuscritos, ya impresos, discursos, notas, libros, reveladores de nuestra herencia literaria. Mas si todo esto hubiere para siempre perecido, o lo que se descubra apenas alcance a dar idea del pedimento, bastante tenemos con la *Crónica* de Arlegui para trazar como en un mapa las cimas de nuestra historia.

No fue su intención, según él dice, apurar los principios de las ciudades, villas y pueblos de esta Provincia. Tampoco fue tal el propósito de los demás cronistas franciscanos o de otra orden, porque la obediencia los mantenía dentro de las cosas y fines de su instituto. Pero unida como estuvo inseparablemente la tarea religiosa a la civil y política, su narración abraza todo nuestro pasado. Por maravillosa que parezca, rebajarla no es dado a la crítica más severa; a los escritos del P. Castro y a los más antiguos del P. Lazcano, de quienes Arlegui se

---

<sup>15</sup> Alcorta y Pedraza. *Bibliografía histórica y geográfica del Estado de San Luis Potosí*. Tacubaya, D. F., 1941, p. 42.

confiesa deudor, ha corrido la misma suerte que a los archivos conventuales; y en la imposibilidad de remontar la corriente a fuerza de brazo, como nos aconsejara el eximio García Icazbalceta ¿qué nos queda sino contemplarla y por el ímpetu y volumen de sus aguas conjeturar la altura de donde manan? No son originales el método y distribución de la obra; menos aún el estilo, que no podía escapar al mal gusto reinante; y sin embargo, el idioma español, briosamente manejado en ella, la fácil ilación con que el relato es llevado desde el principio al fin, los generosos transportes con que el narrador vivifica las grandes acciones de sus hermanos, hacen interesante y grata su lectura y acreditan el parecer que de ella dio fray Vital Moctezuma "no ha menester la plata para el legítimo examen de su mucha ley más ensaye que reconocerse por de estos cerros del Potosí".<sup>16</sup>

Más de un siglo después, en 1851, volvió a publicarse la *Crónica* del P. Arlegui, adicionada con unas "Memorias... acopiadas por Fr. Antonio Gálvez, año de 1827".<sup>17</sup>

Contemporáneo de Arlegui, aunque menor en edad que él, es el célebre historiador y matemático don José Antonio Villaseñor y Sánchez. Cuantos han escrito acerca de su persona lo hacen natural de la ciudad de México, mas en su testamento, firmado en dicha ciudad en 1759, consta que fue potosino y que tuvo por padres a don José Villaseñor Cervantes y a doña Catalina Sánchez de Mendoza; consta también, que en 1720 vivía en San Luis Potosí.<sup>18</sup>

Fue alumno distinguido del Colegio de San Ildefonso y ocupó varios

---

<sup>16</sup> P. F. Velázquez "Discurso sobre la instrucción pública en San Luis Potosí, durante la dominación española" en *Obras*. México, 1901, p. 146-148. Un análisis completo de la *Crónica* de Arlegui lo hace el citado historiador en su *Historia de San Luis Potosí*. México, 1946-1948, II, 423-452. Sobre la vida y obra de Arlegui, véase: J. Ruiz de Larrinaga. "P. Fr. José de Arlegui: rasgos bio-bibliográficos" en *Archivo Ibero Americano*, xxix, mayo-junio 1928, p. 289-307 y J. Meade. "Semblanza de fray Joseph Arlegui" en *Humanitas*. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos. Universidad de Nuevo León. Monterrey, N. L., No.3, 1962, p. 441-462.

<sup>17</sup> *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas* (2ª ed.). Reimpresa en México, por Cumplido, 1851. XX (5), 4.88 p., 22 cm. Las "Memorias para la continuación de la *Crónica* de la Muy Religiosa Provincia de N. S. P. S. Francisco de los Zacatecas. Acopiadas por Fr. Antonio Gálvez, año de 1827", empiezan en la p. 389.

<sup>18</sup> Agradecemos muy cumplidamente a don Ignacio Rubio Mallé la información referente al testamento.

cargos, como el de contador del importantísimo ramo de azogues. De su ingenio salieron nueve obras impresas. Dejamos aparte sus trabajos matemáticos y astronómicos para referirnos a su famoso *Theatro Americano*, en dos tomos, magna obra que le llevó ocho largos años de ímprobo trabajo.<sup>19</sup>

Encomendada al virrey la tarea, en 1740 y por el mismo Felipe V, de que se hiciese una recopilación de noticias sobre el verdadero estado de toda la Nueva España, el conde de Fuencalara nombró a un grupo de sujetos

que como prácticos y de mucha trascendencia en el interior conocimiento de sus distritos, darían todas las disposiciones correspondientes al fin. A la postre fue nuestro Villaseñor el que se echó a cuestras la obra de recopilar los datos geográficos, históricos y estadísticos para esa primer síntesis nacional. Así salió de sus manos esta obra que contiene inapreciables noticias de lugares de los que no se tenía la más remota idea de sus actuales producciones y posibilidades. Gracias a este libro la población novohispana, e incluso las autoridades de la metrópoli podían tener conocimiento de las riquísimas provincias que por su alejamiento, tales como las comprendidas en el obispado de Durango, eran prácticamente desconocidas. La importancia trascendental de esta magna obra de nuestro Villaseñor ampliaba grandemente la perspectiva de nuestros intereses patrios.<sup>20</sup>

De tan ilustre potosino se ignoran las fechas de su nacimiento y muerte. Sólo se sabe que contrajo matrimonio, en México, con la mestiza María Simona de los Dolores Cornejo, que procreó muchos hijos y que con él vivían —no precisamente en la abundancia— su madre y hermanas.

Del mismo siglo XVIII son otros tres cronistas más, carmelitas los tres: fray Joaquín de la Concepción, fray Miguel de Santa Teresa y fray José de Santo Domingo.

Fray Joaquín de la Concepción, durante su primera estancia en San Luis Potosí, dióse a reseñar los accidentados sucesos de la vida de su convento, desde los principios de la fundación —1733— hasta mediados de

---

<sup>19</sup> J. A. Villaseñor y Sánchez. *Theatro Americano. Descripción general de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones...* En México, en la Imprenta de la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1746-1748. 2 vols. Edición facsimilar, con una introducción de Francisco González de Cossío. México, Editora Nacional, S. A., 1952.

<sup>20</sup> González de Cossío, introducción a la ed. cit.

1750. No tendría mayor importancia esta obra —escrita en un estilo gerundiano recargado de latines y alusiones— si no fuera porque se metió a hablar del descubrimiento y conquista de San Luis Potosí dando nombres, circunstancias y fechas totalmente falsas que, a la larga, provocaron confusiones tremendas y muy acres discusiones.<sup>21</sup> Fray Joaquín fue prior del convento potosino en 1765-1768 y 1774-1777; aquí murió el 24 de diciembre de 1872.<sup>22</sup>

Fray Miguel de Santa Teresa, hacia 1765-1769, copió —eliminando toda la hojarasca empalagosa— y aumentó la crónica anterior hasta su tiempo.<sup>23</sup>

Estas dos crónicas, inéditas aún, están en nuestro poder, y sólo se supo de su existencia cuando las descubrimos. Pero está la tercera, que no es más que una ampliación de las anteriores, escrita por fray José de Santo Domingo cuando era prior de dicho convento, de 1783 a 1786. Esta última, descubierta y copiada por don Florencio Cabrera en los momentos mismos en que se gestaba la historiografía potosina, causó sensación por los datos que ofrecía respecto del descubrimiento y fundación de la ciudad. Más explícita y pormenorizada en este aspecto que la *Crónica* de Arlegui, encandiló a su descubridor y éste le dio en dicho capítulo un crédito que no merecían ni ella ni su autor, puesto que la información, además de falsa, tuvo como verdadero responsable al redactor de la primer crónica; el gerundiano fray Joaquín de la Concepción. Dicha obra se intitula *Libro de la fundación, progreso y estado de este convento de carmelitas descalzos de esta ciudad de San Luis Potosí*.<sup>24</sup> Pero de ella volveremos a hacer mención después.

En el ocaso de las guerras de independencia aparece el último cronista potosino el franciscano fray Antonio de la Luz Gálvez. Poco sabemos de su vida. En 1800 era lector de prima en el convento de Durango y contaba con 56 años de edad. En 1810 ya tenía tiempo en San Luis Potosí al parecer, tuvo algún

---

<sup>21</sup> *Cfr.* nuestro estudio "El acta de la fundación de San Luis Potosí y las diversas opiniones sobre su fecha" en *Estilo*, 35, julio-septiembre 1955, p. 171-194.

<sup>22</sup> Cuadernos manuscritos, sin título ni autor. Empieza con la dedicatoria a Fr. Juan de los Reyes, prior del "convento en el Potosí del Carmen". 32 h. s. n., más 1 en la que fray Fernando de la Cruz certifica que fray Joaquín de la Concepción la escribió; siguen 2 páginas en blanco y otra con esta anotación: "Historia de la fundación de este convento escrita por un Fr. Gerundio", 21.5 por 16.5 cm.

<sup>23</sup> *Brebe y puntual relación de la fundación de los Carmelitas Descalzos en S. Luis Potosí, sucesos de ella, y festiva dedicación de su famosa Yglesia y sumptuosa capilla*. Manuscrito anónimo. Dos cuadernos de 10 h.s.n. cada uno; el texto ocupa 17 hojas, 3 están en blanco. 21.5 por 15.8 cm.

<sup>24</sup> *Apud* F. P. Velázquez. *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1897-1899, II, 174-311. Sobre esta crónica, véase F. Peña. *Estudio histórico sobre San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1894, p. III; Velázquez. "San Luis Potosí" en *Fichas de Bibliografía Potosina*, VII, 1-2, enero-junio 1961, p. 34-35; Velázquez. *Historia de San Luis Potosí, México*, 1946-1948, II, p. 386-400.

participio en la insurrección, por lo que, juntamente con otros franciscanos fue juzgado y condenado por la Junta Definitorial en San Luis, el 21 de marzo de 1811 "por afecto a la insurrección". Al año siguiente se le abrió nuevamente juicio en Zacatecas, pero fue absuelto. Esto, sin embargo, no lo libró de que se le tratara como sospechoso.<sup>25</sup> Años después, en el Capítulo franciscano celebrado en el convento de San Luis Potosí, el 3 de julio de 1819, se le designó cronista de la provincia. En esta forma se dedicó a historiar lo referente a la vida de ésta a partir de 1736, año en que concluyó su *Crónica* fray José de Arlegui. Dio fin a su tarea en el mismo convento de San Luis Potosí, el 14 de abril de 1829, aunque con el título de "Memorias para la continuación de la Crónica de la muy religiosa Provincia de N. S. P. San Francisco de los Zacatecas"; como continuación de la Arlegui vino a publicarse en México, en 1851.<sup>26</sup>

Importante, lo es, como que reseña casi un siglo de la historia de esta provincia; más no tiene ni la extensión ni la amplitud y profundidad de contenido de la de su antecesor. Comprende "diez capítulos comprensivos cada uno de tres trienios". Se palpa en ella el sentimiento de independencia en el que rebosaban los criollos de entonces —y más en él que sufrió, a pesar de su avanzada edad, persecuciones—, por lo que alude, más que cualquier otra de su género a acontecimientos civiles y políticos, cita documentos e intercala apreciaciones que, quizá, parecen fuera de lugar.

La Independencia y las ideologías que la precedieron, más todas las luchas consiguientes a la emancipación, crearon un ambiente propicio para la microhistoria. En 1813, o antes, el armadillense José Alexo Infante con sus hijos José Tomás y José María, abrió en su pueblo natal la primera imprenta potosina, fabricada totalmente por él. Alterada la rutina virreinal, tan pacifista como paternalista, se desbocaron las pasiones políticas, y tanto éstas como los cruentos sucesos bélicos vinieron a apoderarse de los primeros lugares de la vida cotidiana. Se formaron la realidad y el sentido de la patria chica, condiciones indispensables para la historia regional. Traspuesta la etapa de las crónicas —más o menos generales—advino el tiempo de la gestación de la historiografía potosina, fincada, más que en la serenidad y apremio del método científico, en el brío apasionado de la afición o de la "actitud romántica".

Esos primeros aficionados, antes de que las guerras civiles y la Reforma mutilaran vandálicamente los archivos y bibliotecas conventuales y

---

<sup>25</sup> R., Montejano y Aguiñaga. *El clero y la independencia en San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1971, pp. 40-41.

<sup>26</sup> Véase *supra* nota 17.

oficiales, tuvieron la posibilidad de echar mano .de muchas fuentes hoy irremisiblemente perdidas. Pero, ni sabían escarbar ni contaban con la bibliografía indispensable que integrara el panorama. Varias crónicas de religiosos —Mendieta, Pérez de Rivas, Pareja, Espinosa, por ejemplo— aparecieron después; las existentes, se mostraban tacañas. La empresa, además, no sólo exigía documentación y conocimientos, sino principalmente sentido de síntesis y de método.

De esta época, el primer aficionado a la historia regional fue el célebre sacerdote doctor don Manuel María de Gorriño y Arduengo (1767- 1831), educador, filósofo, político y fundador del afamado Colegio Guadalupano Josefino. Dejó varias obras, impresas unas y manuscritas otras. Pero de su quehacer historiográfico no nos queda más que un sermón guadalupano al que le dan valor las largas notas históricas que le puso.<sup>27</sup>

Contemporáneo del P. Gorriño fue el carmelita fray Gregorio de la Concepción (Gregorio Malero y Piña. 1773-1843), llegado a San Luis Potosí en 1808, algo tuvo que ver en el sangriento motín de la noche del 10 de noviembre de 1810, con el que se inició la independencia en San Luis Potosí. Hecho prisionero en Acatita de Baján, se le sujetó a un proceso que él mañosamente alargó una vez que consiguió que lo regresaran a San Luis. Fue desterrado a Ceuta. Concluida la Independencia volvió a la patria y murió en Toluca.

Este religioso escribió unas "Memorias" exagerando en grado sumo su participación en los sucesos potosinos. Nicolás León las dio a conocer en *El Tiempo* (junio de 1903) y Puga y Acal demostró que no son más que un fárrago de mal forjados embustes. Sin embargo, tienen su importancia para la historiografía potosina.<sup>28</sup>

No "memorias" sino descripción de los mismos hechos y más próxima a la verdad, es la *Relación de la Revolución en San Luis Potosí, formada por fray Luis Herrera, lego de San Juan de Dios, la noche del 10 al 11 de noviembre de 1810*. Como

---

<sup>27</sup> Gorriño y Arduengo. Oración eucarística que en la solemne acción de gracias que celebró la ciudad de San Luis Potosí en su iglesia parroquial a María Santísima de Guadalupe del Santuario del Desierto... predicó... México, 1806. Las notas ocupan las p. 19-26. Sobre el P. Gorriño y Arduengo véase R. Alcorta Guerrero. "Bibliografía de D. Manuel María de Gorriño y Arduengo" en *Estilo*, 29-30, enero-junio 1954, 65-70 Cardiel Reyes. *Del modernismo al liberalismo, la filosofía de Manuel María Gorriño*. México, 1967.

<sup>28</sup> Fr. Gregorio de la Concepción y su proceso de infidencia. Introducción de M. Puga y Acal. México, 1911.

la anterior, también esta obra fue publicada muy tarde, en 1944.<sup>29</sup>

Pobres, pobrísimos fueron esos años de 1821 a 1850. Fuera de las obras citadas, no conocemos más. Pero, demediado ya el siglo, empiezan a aparecer los frutos naturales de una inquietud inquisitiva ya madura con la redacción y publicación de trabajos microhistóricos. Ensayos defectuosos, deficientes, aun con errores, pero apreciables por ser los primeros intentos en un campo donde nada construido había. Fueron escritos, además, sin mayor pretensión.

Don Ciriaco Iturribarría, topógrafo de profesión y arquitecto por afición, recibió del gobernador Adame el encargo de escribir una "Memoria geográfica y estadística del Departamento de San Luis Potosí, 1853". Incluye información histórica, tomada de Arlegui y de otras fuentes, sobre la ciudad y algunas poblaciones, especialmente los reales de minas. Supera, con mucho, en esta investigación, lo estadístico y geográfico a lo histórico.<sup>30</sup>

Don Manuel del Conde (1816-1872), segundo obispo de San Luis, aunque no publicó nada, sí recogió alguna información referente a los pueblos indígenas que hoy forman los barrios de la capital y, como testimonio de su afición a la arqueología potosina, en la Huasteca recogió algunas piezas que luego cedió al Museo Científico y Literario de San Luis Potosí.<sup>31</sup>

Su contemporáneo don Florencio Cabrera (1828-1877), en cambio, fue el primero en acometer la empresa de rehacer la historia de San Luis Potosí. En 1871 escribió un "Bosquejo sobre la historia antigua de San Luis Potosí";<sup>32</sup> dos años antes, en 1869, al publicar su "Croquis del plano de la ciudad de San Luis Potosí", con algunas noticias históricas, geográficas y estadísticas, anunció su obra "sobre la fundación y progreso de esta ciudad" que había comenzado a escribir. Mas el señor Cabrera, además de que reunió muy pocos documentos y sólo escribió unas breves páginas —al decir de Velázquez—, careció de sentido crítico y, con el descubrimiento que él hizo de la Crónica de fray José de Santo Domingo, tomando por buenas las noticias falsas que éste da sobre el cómo, cuándo y por quiénes se fundó la ciudad, creyó haber resuelto un

---

<sup>29</sup> *Relación de la revolución en San Luis Potosí formada por fray Luis Herrera, lego de San Juan de Dios, la noche del 10 al 11 de noviembre de 1810.* Relación inédita, paleografiada y anotada por Nereo Rodríguez Barragán. México, D. F., Editor Vargas Rea, 1944. 40 p., 23.5 cm.

<sup>30</sup> Con el título de "San Luis Potosí" apareció en el Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía, III. México, 1856, 312-364, y después en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, Ia ép., VII, 1859, 288-321.

<sup>31</sup> Velázquez. "San Luis Potosí", p. 27.

<sup>32</sup> Velázquez, art. cit., p. 21.

problema básico. Sin embargo, "por poco que haya logrado en sus trabajos históricos es digno de una honrosa mención entre los estudiosos de la historia potosina".<sup>33</sup>

Le supera en méritos don Francisco Macías Valadez (1833-1890). Los altos cargos que desempeñó le permitieron hurgar en los archivos oficiales y localizar preciosa y decisiva aunque no abundante documentación. Publicó, en 1878, unos *Apuntes geográficos y estadísticos sobre el Estado de San Luis Potosí*,<sup>34</sup> y aun parece que escribió o pensó escribir un trabajo histórico, a juzgar por lo que anunció en los citados *Apuntes*.

Con Macías Valadez colaboró el bibliófilo don José María Flores Verdad (†1884). Ambos publicaron apenas unas cuantas páginas de lo que iba a ser el *Diccionario geográfico del Estado*.<sup>35</sup> Flores Verdad, además, fue el organizador de la Biblioteca del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí al fundarse ésta y coeditor, con José T. de Cuéllar (Facundo) y José María Villasana de *La Ilustración Potosina* (1869-1870).

Al mismo tiempo otro estudioso de la historia potosina, don Rafael del Castillo (1874-1917), también con miras a escribir la historia del Estado, recogía algunos documentos. Comprendiendo lo difícil de la empresa, los publicó aisladamente, en 1887, en el *Periódico Oficial*; publicó también *Algunos Apuntes sobre la instrucción primaria en el Estado*<sup>36</sup> y la *Guía del viajero en S. Luis Potosí*,<sup>37</sup> interesante librito con datos históricos y estadísticos de algunas poblaciones del Estado y de ciertos edificios de la ciudad, y su Cuadro sinóptico del Estado,<sup>38</sup> apretada síntesis de datos diversos.

No tanto por lo histórico cuanto por la información geográfica y estadística, hay que recordar a tres autores: Manuel Fernando Soto, por sus obras *El nuevo Estado (Iturbide). Necesidad de formarlo inmediatamente con los cinco distritos de Tuxpan, Tampico de Veracruz, Tancanhuitz Huejutla y el Sur de*

---

<sup>33</sup> Velázquez, *loc. cit.*

<sup>34</sup> F. Macías Valadez. *Apuntes geográficos y estadísticos sobre el Estado de San Luis Potosí en la República de los Estados Unidos Mexicanos*, San Luis Potosí, Imp. De Vélez, 1878. 138 p., 205 por 15.5 cm.

<sup>35</sup> Macías Valadez y J. M. Flores Verdad. "Memoria de la Comisión de Estadística sobre el Estado de San Luis Potosí para la formación del diccionario geográfico" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2º ép., 1V, 1872, 453-459.

<sup>36</sup> R. del Castillo. *Algunos apuntes sobre la instrucción primaria en el Estado de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1890. 46 p., 22 cm.

<sup>37</sup> R. del Castillo. *Guía del viajero en San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1891. 146 p., 14 cm.

<sup>38</sup> R. del Castillo. *Cuadro sinóptico del Estado de San Luis Potosí, con varios datos históricos, geográficos, estadísticos y administrativos*. México, 1878. Hoja de 100 por 79 cm.

Tamaulipas, México, 1856<sup>39</sup> y *Noticias estadísticas de la Huasteca y de una parte de la Sierra Alta, formadas en el año de 1853*, México, 1869, a don Antonio Cabrera (1815?-1877), por su libro *La Huasteca Potosina*<sup>40</sup> y a don Bruno E. García. (1835?-1885), por su *Cartilla elemental de geografía del Estado de San Luis Potosí*.<sup>41</sup>

De esta segunda mitad del siglo es otro género de literatura histórica potosina: los diarios y memorias. Información muy valiosa —mas no por eso a salvo de una crítica rigurosa— es la que ofrecen estas obras, de cronistas espontáneos, unas; de interesados, otras. Siguen, en general, el precepto de Horacio: *carpe diem* —coge el día de hoy— (*Odas*, lib. I, oda 11, v. 8), con sus palpitaciones minutas, intrascendentes la mayoría pero que, con el tiempo, revisten no pocas de ellas singular importancia.

El más antiguo diario que se conserva es el del seminarista Juan Vildósola (1841-1860). Es la apreciación de un muchacho que sintió en carne viva las vicisitudes de una época preñada de odio y de barbarie. La llamó: *Diario de noticias de los años de 1857, 1858 y 1859 que han acontecido en S. Luis Potosí, con otros foráneos, y además unos aumentos curiosos*. Estos "aumentos curiosos", para él que vivió entre guerras, son las sumas de soldados de los ejércitos europeos. Vildósola cerró su *Diario* el 31 de diciembre de 1859 y sus ojos el 19 de febrero siguiente. Por fortuna, se conserva el manuscrito.<sup>42</sup>

Más amplio, más agudo y mucho más importante, porque sus noticias alcanzan un área muy extensa, es el *Diario de don Agustín Soberón (1819-1873)*. En varios cuadernos de apretada grafía recogió los sucesos acaecidos en Matehuala y poblaciones circundantes de Nuevo León y Tamaulipas, inclusive—, entre 1858 y 1873, o sea, hasta su muerte. De esta obra se sirvió Muro para su *Historia de San Luis Potosí*. En 1940 se publicó una mínima parte, 1858-1861; permanece inédito lo demás y actualmente lo estamos transcribiendo para su

---

<sup>39</sup> M. F. Soto. *El nuevo Estado (Iturbide). Necesidad de formarlo inmediatamente con los cinco distritos de Tuxpan, Tampico de Veracruz, Tancanhuitz, Huejutla y el Sur de Tamaulipas, con un post-escriptum sobre la agregación de los cuatro primeros distritos al Estado de Tamaulipas*. México, 1856. 117 p., 1 plano, 19 cm. 2ª ed., corregida y aumentada; la 1ª ed. fue de 1855.

<sup>40</sup> A.J. Cabrera. *La Huasteca Potosina. Ligeros apuntes sobre este país*. San Luis Potosí, Tipografía del Comercio, 1876. 180 p., 21.5 cm.

<sup>41</sup> B. E. García. *Cartilla elemental de geografía del Estado de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, Tipografía de B. E. García, 1883. 190 p., 21.5 cm.

<sup>42</sup> Volumen manuscrito, encuadernado en badana. En la cubierta superior: "Diario de Juan Vildósola 1857-1859", impresión posterior; guarda en blanco; una hoja: "Contiene este tomo: Diario de noticias de los años de 1857, 1858 y 1859 que han acontecido en S. Luis Potosí, con otros foráneos y además unos aumentos curiosos. Los que están al fin de este tomo. Juan Vildósola", rúbrica. S. Luis Potosí"; vta. en blanco; otra hoja: entre adornos caligráficos, "Enero 1º de 1857. Diario escrito por Juan Vildósola. San Luis Potosí"; vta. en blanco; p. 1-83 texto; p. 184-186 datos sobre los ejércitos europeos; guarda en blanco. 31 por 21 cm.

publicación.<sup>43</sup>

De importancia también regional es el diario de campaña, desgraciadamente muy sintetizado, que llevó don José Miguel Barragán, liberal, que operó en la zona de Ciudad del Maíz, Río Verde y la Huasteca. Ocupó dos pequeños volúmenes, pero sólo conocemos el número 2. Empieza el 1<sup>o</sup> de enero de 1864 y concluye el 2 de agosto siguiente con esta anotación: "Me van a fusilar por patriota... Dedico este diario a mi hermano Atenógenes. Camino para la eternidad, en El Salitre".<sup>44</sup>

Valioso, más que para la historia regional para la nacional, es el *Diario* del joven Mariano J. Reyes, hijo del general imperialista don Mariano Reyes, a quien acompañó en el sitio de Querétaro. Lo empezó en San Luis Potosí y va del 27 de diciembre de 1866 al 15 de junio de 1867. Integro lo reprodujo Muro en su *Historia*.<sup>45</sup> Tenemos referencias, pero no los conocemos, de tres manuscritos más de este género: *Memorias de Catorce*, por don Estanislao Ocón, *Memorias*, por don Vicente Irizar y *Diario de los sucesos más notables de la ciudad de San Luis Potosí desde el año de 1908*, por don Melchor Vera.

Todavía hay otras dos obras más de este género, de especial importancia para nuestra microhistoria porque sus autores, al mismo tiempo aunque en distinto bando, escribieron e hicieron historia. Ellos fueron: el médico don Francisco J. Estrada (1801-1885) y don Ramón F. Gamarra (1828?-1886), políticos ambos, periodistas ambos y el último, por añadidura, novelista también.

Don Francisco Javier Estrada nos dejó sus *Recuerdos de mi vida*. Comprenden la época más turbulenta y decisiva de la historia potosina y nacional: 1821-1867. De ahí su importancia; por eso es mucho más que una simple autobiografía. La publicamos en 1954.<sup>46</sup> Don Ramón F. Gamarra, en cambio, llamó a sus memorias *Historia contemporánea de San Luis Potosí, julio 1856-marzo de 1881. Ensayo*. El licenciado Velázquez la aprovechó, pero se

---

<sup>43</sup> *Diario de Don Agustín Soberón. Matehuala de 1858 a 1873*. Manuscrito en poder del doctor Miguel R. Soberón. Anotaciones por Ángel Senosiain Gaverre y José Dibildox Canal. Matehuala, S. L. P., Ediciones "Nuevo Día", 1940. XIX, 203 p., ils., 24cm. T. I, únicamente; del II se imprimieron sólo XII, 40 p.

<sup>44</sup> Libreta apaisada, encuadernada en piel: I h, p, con el título: "Número 2. Pequeño diario portátil. J. Migl. Barragán"; 118 p. numeradas a mano; el texto ocupa las p. 1-65, las demás en blanco. 7.8 por 14 cm.

<sup>45</sup> M. Muro. *Historia de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1911, III, 467-483, 509- 512.

<sup>46</sup> F. J. Estrada. *Recuerdos de mi vida*. Introducción, transcripción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga. San Luis Potosí, 1954. 319 (I) p., 4 láms., 20.5 cm.

encuentra perdido el manuscrito, cuyo fue.

Finalmente, el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), obispo de San Luis Potosí de 1885 a 1921, también llevó su diario. Sabemos que comprende algunas decenas de tomos. Dado el papel eclesiástico y político que desempeñó, dada su sapiencia y agudeza, dada su amplitud de relaciones, debe tener conceptos por demás interesantes respecto de los hechos que vio o en que participó en su larga vida y de los muchísimos personajes que trató en América y en Europa.

Dejamos aparte los diarios estrictamente personales. Se han perdido la mayoría, y ofrecen poco. Tal es el caso del *Diario* del M. I. Sr. D. Manuel Campa (1875-1934), por ejemplo, que obra en nuestro poder.

En esta segunda mitad del siglo aparecen también una serie de opúsculos monográficos sobre diversos temas: informes de minas, alegatos por herencias, propiedades, negocios o delitos, biografías, relatos de sucesos, conmemoraciones o recuerdos de homenajes. Hilos, no más que hilos sueltos, intrascendentes en apariencia; de importancia únicamente parroquial, si acaso; curiosidades de bibliófilos, en fin. Mas a la larga, un solo hilo de éstos se convirtió en el gorrón sobre el que gira más de un capítulo de la historiografía potosina.

De esos hilos, monografías indispensables para la síntesis microhistórica, recordaremos algunos. Empiezan en 1856, con el folleto del Pbro. Crescencio Rodríguez *Breve relación histórica del magnífico templo de la Villa de la Soledad y de su angusta dedicación...*, en el que se relata a grandes rasgos la construcción de esa iglesia, hoy monumento nacional.<sup>47</sup> En 1858 apareció, escrito por el canónigo Peña pero dictado por el Ilmo. Sr. Barajas, un interesante folleto *Persecución contra el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí, Dr. D. Pedro Barajas, su destierro y el de las comunidades religiosas de San Francisco y la Merced de la misma ciudad*, en el que describe los atropellos cometidos por Zuazua en el peor saqueo que ha sufrido San Luis Potosí.<sup>48</sup> El Pbro. Jesús Gordo, por su parte, habiendo sido víctima de las tropelías de Santos Degollado, escribió una *Relación pública*,

---

<sup>47</sup> J. C. Rodríguez. *Breve relación histórica del magnífico templo de la Villa de Soledad. Y de su angusta dedicación solemnísimas, que, por insigne beneficio de la inefable providencia del Señor, tuvo lugar el 6 de abril de 1856.* San Luis Potosí, Imprenta de G. Dávalos, 1856. 18 p., 20 cm. En el mismo año también se publicó el sermón predicado por el Pbro. Mariano Saldaña en la misma ceremonia.

<sup>48</sup> P. Barajas-F. Peña. *Persecución contra el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí, Dr. D. Pedro Barajas, su destierro y el de las Comunidades religiosas de San Francisco y la Merced de la misma Ciudad. 1858* San Luis Potosí, Imprenta de Genaro Dávalos, 1858. 32 p., 19.5 cm. La primera edición se hizo en Nueva Orleans, poco antes, pero como no llegó a San Luis Potosí, se hizo otra. En 1941 se reeditó en la *Gaceta Eclesiástica Potosina*, enero-marzo.

en 1859, explicando los hechos.<sup>49</sup> En 1860 el canónigo Garibay sacó a luz un breve folleto *Manifestación al público*, en el que da cuenta de los desmanes cometidos por Zuazua, Degollado y Chico Sein y del simulacro de fusilamiento a manos del primero.<sup>50</sup> Sobre la catedral y su reconstrucción el canónigo don José María Guajardo publicó, en 1866, su *Noticia histórica de la reedificación y consagración de la Santa Iglesia Catedral de San Luis Potosí*, opúsculo de bastante interés.<sup>51</sup> Más tarde, en 1832, el Pbro. Francisco A. Carranco editó su *Biografía del maestro D. Eusebio Zavala*, uno de los eminentes músicos de esta dinastía.<sup>52</sup>

En estos mismos años, 1850-1890, se dieron a conocer muchos trabajos sobre minas, entre ellos los de los ingenieros Felipe y José María Gómez del Campo, Santiago Ramírez y Camilo Bros,<sup>53</sup> y sobre litigios por herencias, negocios y tierras, en los que abunda información histórica, estadística y biográfica.<sup>54</sup>

Con pobre acopio de noticias originales, pero sí con datos de lo que él vio y con inexactitudes en la parte antigua, entra a la microhistoria de este tiempo de gestación don Antonio Cabrera (1847-1925), benemérito de la historiografía potosina por los varios planos que editó, por sus once almanaques<sup>55</sup> y por sus dos libros sobre *El Estado de San Luis Potosí* y *Santa María del Río*.<sup>56</sup>

Con esta breve reseña no apuramos del todo la bibliografía histórica de esa época. Dejamos aparte las publicaciones periódicas y los artículos, de valor, unos, intrascendentes, otros, y las sociedades culturales. Nuestro propósito al recordar esta producción es delinear el panorama en que, primero, se gestó, y después, nació la historia potosina y el mérito de quienes, por primera vez,

---

<sup>49</sup> J. Gordo. *Exposición pública que hace el Presbítero Jesús Gordo, Cura propio de Ahualulco de la Diócesis de San Luis Potosí, en su personal defensa, la de los deberes de su ministerio, y principios católicos atacados por la impía demagogia en la actual persecución contra la Iglesia*. San Luis Potosí, Tip. de Genaro Dávalos, 1859. 58 p., 21 cm.

<sup>50</sup> P. Garibay. *Manifestación al público*. San Luis Potosí, S. p. d. i., 1860. 12 p., 20.5 cm.

<sup>51</sup> J. M. Guajardo. *Noticia histórica de la reedificación y consagración de la Santa Iglesia Catedral de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, Tip. de Dávalos, 1866. 11 p., 20.5 cm. Edición anónima. El canónigo Peña la incluyó en sus *Documentos* y en su *Estudio histórico*.

<sup>52</sup> F. A. Carranco. *Biografía del maestro D. Eusebio Zavala*, escrita por el Sr. Pbro. Don Francisco A. Carranco y publicada por varios amigos del difunto maestro. San Luis Potosí, 1832. 71 p., 21.5 cm.

<sup>53</sup> Véase Velázquez. "Bibliografía científica potosina" en *Obras*, p. 271-449; Alcorta y Pedraza. *Bibliografía histórica y geográfica del Estado de San Luis Potosí*. Tacubaya, D. F., 1941.

<sup>54</sup> Cfr. nuestro catálogo de la Primera Exposición de Bibliografía Jurídica Potosina. San Luis Potosí, 1953.

<sup>55</sup> Cfr. Alcorta y Pedraza, *op. cit.*, ns. 180-196.

<sup>56</sup> Cfr. Alcorta y Pedraza, *op. cit.*, ns. 186, 193, 195.

y no como loable pensamiento sino como auténtica realidad, se echaron a cuestras la difícil y paciente tarea de recoger lo disperso, lo fragmentado, lo discutible y escribir, con sentido crítico y calidad científica, la historia regional.

Las guerras de Reforma acabaron con las bibliotecas y archivos conventuales y, en máxima parte, destruyeron los oficiales. Según Muro, el saqueo de los conventos se hizo con el mayor desorden;<sup>57</sup> otro testigo ocular refiere que, en 1858, con el vandálico saqueo de Zuazua, las calles de nuestra capital estaban tapizadas con los archivos públicos;<sup>58</sup> y a don Joaquín Meade un empleado de la Oficina Federal de Hacienda le dio, por ser papel viejo que estaba estorbando, varios bultos de documentos del saqueado archivo franciscano de San Luis. Pocas entidades como la nuestra han sufrido la destrucción del patrimonio documental oficial y religioso como ella!... El escudo y título de ciudad han sido robados dos veces... Todavía hoy —en 1973— impera un tremendo caos en lo que de los archivos potosinos ha sobrevivido a la saña del hombre y a la carcoma del tiempo. Ningún archivo público está clasificado: unos legajos están revueltos, otros en el vivo suelo y sólo unos pocos se encuentran acomodados pero no ordenados...

En esos años alrededor de los ochentas del siglo pasado salían a la luz algunas crónicas de siglos anteriores que, sumadas a las ya existentes, apenas soltaban opacos destellos, insuficientes para penetrar a pie firme en el pasado potosino y extraer de él conclusiones exactas. Ni había, tampoco, colecciones impresas de documentos que sirvieran de sillares para levantar el ansiado edificio de la historia.

Eran varios ya los estudiosos y mayor la inquietud inquisitiva. Allí están, para comprobarlo, las dos Juntas Auxiliares de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fundada una en 1851, reinstalada otra en 1869; la Sociedad Orozco y Berra, establecida en 1880; la Sociedad Potosina de Historia y Geografía, en 1895; la Sociedad Científica y Literaria, en 1897; la Junta Local de Bibliografía, en 1899. Y nos referimos tan sólo a las que tenían como fin exclusivo el estudio de la microhistoria.

En este ambiente, frustrados los intentos de don Florencio Cabrera, de

---

<sup>57</sup> Muro. *Historia*, II, 250-252, enumera algunos de los tesoros de este convento, y añade: "el desorden dio lugar a que se extraviaran multitud de libros y documentos de la biblioteca y del archivo... Cada cual tomaba y sacaba lo que quería... Habían desaparecido pinturas, libros, papeles, etc."

<sup>58</sup> F. de P. Palomo, en su novela histórica *Luisa o S. Luis Potosí desde 1858 hasta 1860*. San Luis Potosí, 1865, p. 5.

don Francisco Macías Valadez y de los otros pocos que pretendieron reconstruir nuestro pasado, don Francisco Peña (1821-1903), ora al margen de su cátedra en el Seminario, ora en los enclaustramientos de sus parroquias de las villas de San Sebastián y San Francisco de los Pozos, ora al canto de su canonjía en la catedral, habiendo comprendido la problemática fundamental: carencia de método, paupérrima información, deficiencia y distorsión de noticias y poquedad de documentos, especialmente de documentos claves, sin desdeñar las crónicas, encauzó todo su esfuerzo a la recolección de documentos y a la crítica metódica, aguda y serena, haciendo a un lado la "actitud romántica" anterior —por eso no quiso publicar la crónica carmelita que él rescató—, con la mira de llegar a la síntesis de la historia regional.

Fueron años de trabajo silencioso, arduo y perseverante. Fue así como, en 1887, en reducidísima edición, publicó sus *Documentos para la historia del obispado de San Luis Potosí* y, en 1894, su *Estudio histórico sobre San Luis Potosí* con un valioso Apéndice documental con el que no sólo trazó un camino sino que también comprobó sus asertos que muchos, especialmente Muro, se negaban a aceptar.<sup>59</sup>

Fue el señor canónigo don Francisco Peña, cuando ya la ciudad de San Luis Potosí cumplía tres siglos de existencia, el primero en hacer un acopio importante de documentos históricos —auténticos, originales y decisivos— sobre el pasado de la región, valioso por su calidad y número, integrado por lo que él reunió y por lo que había colectado antes el Ilmo. Sr. Del Conde y Macías Valadez el primero en hacer una síntesis de la historia de San Luis Potosí; y, en suma, "el primero en abrir el cauce —escribió el licenciado Velázquez— por donde hoy corren cristalinas y serenas las linfas de la verdad antigua".<sup>60</sup> "Entre quienes se han dedicado afanosamente a zanjar los

---

<sup>59</sup> Aparte de algunos artículos publicados en *El Estandarte*, las obras que nos legó el canónigo Peña son: *Documentos para la historia del obispado de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1887. 25 h.s.n., 30.5 cm. Segunda edición: Introducción, transcripción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga. San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina, 1969. XX, 75 p., 2 láms., 23 cm. (En esta edición puede verse la bibliografía de Peña) y *Estudio histórico sobre San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1894. IV, 86, 36 (2) p., 1 lám. pleg., 27 cm. El Apéndice tiene 36 p.

Todavía en 1910, cuando ya habían aparecido algunos trabajos de Velázquez —uno de ellos la *Colección de documentos*— confirmando y ampliando las afirmaciones de Peña, Muro (*Historia*, 1, 2-9) seguía aferrado a su falsa tesis. Cfr. nuestro estudio "El acta de fundación de San Luis Potosí y las diversas opiniones sobre su fecha" en *Estilo*, 35, julio-septiembre 1955, 176-179.

<sup>60</sup> Velázquez. *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1897-1899, I, p. v.

cimientos de la historia de nuestro Estado —afirmó, en 1890, el citado historiador—, ninguno más digno de alabanza que el señor canónigo don Francisco Peña, quien vive entregado a esta noble tarea desde hace muchos años."<sup>61</sup> Hurgó en el pasado de San Luis Potosí con más profundidad, amplitud y exactitud que sus otros contemporáneos: a los Cabrera, les faltó crítica y documentación; Muro se limitó a hacer memoria del San Luis independiente en el que vivió y actuó, y desbarró al escribir sobre la fundación de la ciudad; Macías Velázquez no logró escribir gran cosa; Velázquez, ayudado por Peña, apenas empezaba. Por lo que, contra el parecer de todos excepto el último— aclaró fechas y circunstancias en discusión, corrigió errores y nos dejó su *Estudio histórico* —tal es el modesto nombre del libro "fundamental —según el juicio de los bibliógrafos Alcorta y Pedraza— para el estudio de la historia potosina".<sup>62</sup>

Hasta la publicación del *Estudio histórico* de Peña, la historia de San Luis Potosí, en lo general y en lo fundamental, era desconocida. Había, sí, datos y narraciones sueltos, principalmente en los volúmenes de los cronistas, pero discutibles e inconexos, repetidos por la mayoría sin la más elemental crítica. Y la citada crónica de la fundación de los carmelitas, descubierta por Florencio Cabrera, vino a agravar el caos, al dar a la ciudad una fecha inaceptable pero que encandiló a todos, menos a Peña. "Nuestros investigadores —escribió Velázquez— así antiguos como modernos, seguían conformándose con la *Crónica* francisca de Arlegui, tan deficiente en lo civil y político, como en lo religioso incompleta"<sup>63</sup> y en algunas fechas inexacta. Las pocas obras de historia potosina no pasaban de monografías muy limitadas en el tiempo y en el espacio.

Los indiscutibles méritos del canónigo Peña quien con justa razón merece ser llamado el padre de la historia potosina —"el primero en abrir el cauce", como dijo Velázquez— no han sido debidamente reconocidos. Este historiador, que bien lo conoció y trató y lo tuvo por maestro y de él recibió bastantes y muy buenos documentos para su *Colección* y para su *Historia*, ha sido el único que declaró públicamente su hazaña.

A la zaga del canónigo Peña apareció el licenciado don Primo Feliciano Velázquez (1860-1953). Su amor a la historia regional, su sólida formación humanística —todos sus estudios, inclusive los de leyes, los hizo en el

---

<sup>61</sup> Velázquez. "San Luis Potosí", p. 38.

<sup>62</sup> Alcorta y Pedraza. *Bibliografía*, p. 457.

<sup>63</sup> Velázquez, *op. cit.* 1, p. IV.

Seminario—, su profesión —abogado y periodista—, su afición a las letras y las lecciones y papeles que de su maestro recibió, le permitieron penetrar más allá todavía en el pasado potosino.

Primero, en 1890 y 1891 publicó en su periódico *El Estandarte*, una serie de seis artículos anónimos sobre las antigüedades, la etnografía, los cronistas, la estadística y el nombre de San Luis Potosí;<sup>64</sup> en seguida, los cuatro macizos tomos de imponderable valor de la *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*<sup>65</sup> y otros trabajos más, incluyendo unas traducciones del náhuatl, y del latín y, en tardía publicación, su *Historia de San Luis Potosí*, en cuatro gruesos volúmenes.<sup>66</sup>

El licenciado Velázquez, meritísimo por muchos títulos, uno de ellos su labor periodística honrada y valiente, por lo que varias veces y por largas temporadas fue arbitrariamente encarcelado, llevó a su apogeo la historia potosina. En su obra están contenidas, en ordenada síntesis las experiencias y trabajos de sus antecesores, especialmente del canónigo Peña, y más de medio siglo de labor personal.

Escritor y orador, amante de los latinismos, en sus obras históricas su estilo es académico; la división del contenido ordenada y clara; la documentación abundante, original y de primera mano; el área estudiada, por demás extensa. No así su método. Si en todas las otras es bueno, privada está la *Historia de San Luis Potosí* de fuentes y bibliografía y de aparato crítico y en los dos últimos tomos se basa en Muro en buena parte del contenido. Es notorio el contraste de la parte antigua y virreinal con la independiente y contemporánea. Da la impresión de que esta última la escribió de prisa.

Al parecer así fue. Ante la imposibilidad de editar su *Historia*, la guardó en caja sellada, sin concluir. Gracias a la intervención de dos ilustres potosinos, el profesor Ramón Alcorta Guerrero y el maestro don Jesús Silva Herzog, tan valiosa obra pudo salir a recorrer esos mundos de Dios en perfecta edición.

Al mismo tiempo que los anteriores, aunque sin la originalidad y agudeza de ellos, entró al palenque de la microhistoria don Manuel Muro (1839-

---

<sup>64</sup> *El Estandarte*, 3, 7, 13 de septiembre, 7 y 28 de diciembre de 1890 y 22 de febrero de 1891. Debidamente anotados, publicamos como uno solo estos artículos con el título general de "San Luis Potosí" en *Fichas de Bibliografía Potosina*, VII, 1-2, enero-junio 1961, 19-55.

<sup>65</sup> Los publicó en forma de folletín en su periódico *El Estandarte*.

<sup>66</sup> *Historia de San Luis Potosí*. México, 1946-1948.

1911). Político de profesión, prescindió del remoto pasado potosino y más bien, apoyado en fuentes impresas y en los hechos que él vio y en los que participó, escribió una *Historia de San Luis Potosí*,<sup>67</sup> cuyo nombre sobrepasa con mucho al contenido. En realidad sólo describió lo tocante a siete décadas, o sea, de 1810 a 1876. De vez en cuando incursionó en hechos de siglos anteriores, pero en forma aislada, incompleta y deficiente y sin dar jamás las pruebas de sus afirmaciones. Sus otros escritos están llenos de lagunas e inexactitudes.

Siguiendo los pasos de Peña y de Velázquez, también hurgó con tesonero afán don Julio Betancourt (1870-1930). Más investigador que historiador, nos dejó muchos artículos, desgraciadamente dispersos, muy valiosos, porque son en su mayoría transcripciones de documentos. Su libro *San Luis Potosí, sus plazas y calles. Notas históricas* es una maciza suma de datos originales sobre el tema indicado en el título y más.<sup>68</sup>

Cuando empezaba Betancourt sus investigaciones, aparecieron otros estudiosos de la historia potosina cuya aportación, no siempre original, carente de método, mantuvo, sin embargo, viva la flama que encendieron Peña y Velázquez. Ellos fueron: los presbíteros Albino Escalante (1868- 1939) y Apolonio Martínez Aguilar (1873-1926), el doctor Francisco de Asís Castro (1860-1933), don Francisco A. Sustaita (1873-1961), don Manuel Sancho (1865-1942), don Roberto Monsiváis y don Roberto de la Cerda Silva (1895-1965). Algunos de éstos y otros más que no dejaron obra, resucitaron, por tercera o cuarta vez, en 1914, la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

A la manera de Betancourt, fincando sus trabajos principalmente en la documentación que ofrecen los archivos oficiales potosinos, en los veinte se inició en la historiografía potosina don Nereo Rodríguez Barragán (1884—), cuya abundante producción, recogida en mínima parte en folletos y dispersa en máxima parte en diferentes publicaciones, contienen siempre datos originales y desconocidos.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> *Historia de San Luis Potosí desde 1810 hasta nuestros días*. Tomo 1. San Luis Potosí, 1892. Único volumen publicado entonces. La edición definitiva es: *Historia de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1910. 3 v.

<sup>68</sup> J. Betancourt. *San Luis Potosí, sus plazas y calles*. San Luis Potosí, 1921. 380 p., 19.5 cm. Edición trunca. Publicó otra obra más: *Rasgos biográficos de los descendientes de don José Antonio Betancourt y doña Agustina de la Rosa de Ferrer, vecinos de la ciudad de San Luis Potosí*. Matehuala, 1905 y 1910. Sobre Betancourt véase: J. F. Pedraza. "Semblanza del historiador Lic. Don Julio Betancourt" en *Archivos de Historia Potosina*, I, 2, octubre-diciembre 1969, 131-132.

<sup>69</sup> Véase J. F. Pedraza. "El Prof. Nereo Rodríguez Barragán y su obra", en *Archivos de Historia Potosina* II, 3, enero-marzo 1971, 184-188

En la década del treinta irrumpe en la ya muy desarrollada historiografía potosina don Joaquín Meade (1896-1971), el más fecundo, indudablemente, de cuantos historiógrafos ha tenido San Luis Potosí. Nadie como él consultó archivos, bibliotecas y colecciones en Europa, en Estados Unidos y en México. Acopió miles y miles de hojas y notas. Las Huastecas fueron su predilección, y sobre ellas, sobre Tamaulipas y sobre San Luis Potosí investigó y escribió mucho, a tal grado que lo inédito supera lo publicado. Sus escritos destacan por su originalidad. Fue eminentemente un investigador solitario, tenaz y abnegado y sobremanera benemeritísimo. Esta Academia Mexicana de la Historia recogió en sus *Memorias* bastante de lo mejor de la producción del señor Meade. Por su obra, más por la calidad documental que por la cantidad, don Joaquín Meade, en unión del canónigo Peña y del licenciado Velázquez, integra el grupo de los Tres Grandes de la historia potosina.<sup>70</sup>

Mientras don Joaquín Meade desentrañaba las antigüedades huastecas, simultáneamente se ocupaba con éxito en lo mismo el licenciado don Blas Rodríguez (1880-1949). Escribió poco, pero sus dos opúsculos *Tampico. Datos para la historia de la Huasteca y Culturas huasteca y olmeca* tienen valor imperecedero.<sup>71</sup>

La década del cuarenta marca un renacimiento de la historiografía potosina, renacimiento que —así nos parece— se encuentra ahora en su apogeo. A los historiógrafos maduros —Meade y Rodríguez Barragán; Velázquez se había ya recluido en su domicilio— se sumaron esa década algunos aficionados jóvenes, profesionistas todos y con un nuevo sentido de la investigación histórica. Ellos fueron: Ramón Alcorta Guerrero (1910-1970), José Francisco Pedraza (1914—), Antonio de la Maza (1905-1956), Salvador Penilla (1918—), Joaquín Antonio Peñaloza (1922—), Rafael Andrés (1903-1956) y el que habla, más otros que desertaron o no llegaron a la obra constante, original y perdurable. Engreídamente podemos afirmar que hasta allí es una y desde allí es otra la historiografía potosina. En esta nueva época los trabajos de investigación histórica —en general y sin negar

---

<sup>70</sup> Sobre don Joaquín Meade véase: M. Meade de Angulo. "Semblanza de Don, Joaquín Meade Sainz-Trápaga". en *Archivos de Historia Potosina*, 1, julio-septiembre 1971, 7-14; Montejano y Aguiñaga. "Bibliografía de Don Joaquín Meade", *ibid.* 15-28 ; G. Stresser-Péan. "Don Joaquín Meade y su obra, I en el estudio de la Huasteca", *ibid.* 29-39; Montejano y Aguiñaga. "Don Joaquín Meade y su obra *ibid.* 40-49; J. Meade. "Libros y trabajos preparados o en preparación", *ibid.* IV, 3, enero-marzo 1973, 285-293; A. Saravia. "Contestación al discurso del Sr. Joaquín Meade" (en su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia) en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 3, julio-septiembre 1950, 266-273.

<sup>71</sup> B. Rodríguez. *Tampico. Datos para la historia de la Huasteca*. México, 1932. 95 p., 25 ils., 24 cm.; *Culturas huasteca y olmeca*. México, D. F., 1948. 88 p, 2 láms. pleg., 78 ils., 24 cm.

las excepciones— se caracterizan por el acopio de documentación, por la originalidad, por la profundidad e integridad del estudio —hasta donde las fuentes lo permiten—, por la amplitud de la temática, por el método y aparato crítico y, también, por lo abundante.

Dicho renacimiento dio principio con la *Bibliografía histórica y geográfica del Estado de San Luis Potosí* de Ramón Alcorta Guerrero y José Francisco Pedraza.<sup>72</sup> Al decir de don Vito Alessio Robles cuando vio el original inédito, estos "jóvenes habían realizado un trabajo magno, digno de consideración y estímulo y que revelaba una labor paciente y erudita. Cada ficha contenía, además del nombre del autor y el título del impreso, todas sus características bibliográficas y un resumen verdaderamente sintético de su contenido. En una palabra, una bibliografía notable no sólo por el número de fichas sino también por el orden y método con que había sido formada... Es la primera en importancia de las bibliografías de nuestras entidades políticas, tanto por el número de fichas registradas como por el método y cuidado con que fue preparada", concluye Alessio Robles.<sup>73</sup>

Aun cuando, a fines del siglo pasado, tanto el doctor Francisco de A. Castro como muy especialmente el licenciado Velázquez incursionaron por los frágiles terrenos de la bibliografía, eso fue esporádicamente y no formaron escuela. Después de esta obra de Alcorta y Pedraza, en cambio, se han publicado bastantes bibliografías potosinas. Varias de ellas aparecieron en la publicación *Fichas de bibliografía potosina*; y una de las últimas es la edición póstuma de las *Segundas y terceras adiciones de la bibliografía histórica y geográfica del Estado de San Luis Potosí* que el mismo Alcorta dejó inconclusa.<sup>74</sup>

Por iniciativa del citado profesor Alcorta, en 1946 se fundó de nuevo la

---

<sup>72</sup> R. Alcorta Guerrero y J. F. Pedraza. *Bibliografía histórica y geográfica del Estado de San Luis Potosí*. Tacubaya, D. F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941. xv, 655 p. Publicación no 60. Contiene 1321 fichas. En el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, LXIII, enero-febrero 1947, 1-91 aparecieron las "Primeras adiciones", fichas ns. 1322-1473; sobretiro de 100 ejemplares. En *Archivos de Historia Potosina*, II, abril-junio 1971 a III, 4, abril-junio 1972, aparecieron las "Segundas y terceras adiciones", con una introducción de Montejano y Aguiñags; fichas 1474-1792; se hizo sobretiro de 200 ejemplares.

<sup>73</sup> Alcorta y Pedraza, *op. cit.*, p. v-vii.

<sup>74</sup> Sobre Alcorta Guerrero véase: J. F. Pedraza. "Semblanza de Ramón Alcorta Guerrero. 1910-1970" en *Archivos de Historia Potosina*, I, 3, enero-marzo 1970, 147-156, H. Caballero. "Bibliografía de Ramón Alcorta Guerrero", *ibid.* 157-160, "Curriculum vitae del profesor Ramón Alcorta Guerrero", *ibid.* 161-166; J. A. Vivó Escoto. "Semblanza de Ramón Alcorta Guerrero", *Ibid.* II, 4, abril-junio 1971, 224-232; A. Bassols Batalla. "Ramón Alcorta Guerrero, impulsor de los estudios geográficos", *ibid.* III, 2, octubre-diciembre 1971, 124-126.

Junta Auxiliar Potosina de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que, durante algunos años, trabajó con entusiasmo y diligencia. Aún logró publicar un volumen con los trabajos presentados por los socios. Cuando ésta se desintegró, la espina dorsal de ella permaneció unida en un grupo espontáneo y activo que perseveró en la investigación histórica. Y más cuando, por la comprensión e incondicional apoyo del doctor don Manuel Nava, el profesor Alcorta fundó la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, de la cual formaban parte las Escuelas de Historia y de Arqueología y Antropología. Los trabajos de este grupo aparecieron en publicaciones tales como *Fichas de Bibliografía Potosina*, *Estilo*, *Cuadrante*, *Revista de la Facultad de Humanidades y Letras Potosinas*. La suma de semejantes estudios: artículos, libros y folletos da un total considerable por la calidad de la investigación, por la amplitud de la temática y por el número.

Paralelamente a este grupo don Joaquín Meade, ya radicado en el Distrito Federal, en plena madurez, proseguía con sus investigaciones. El presbítero doctor don Ricardo B. Anaya (1893-1962), además de unos breves trabajos, coronó una larga, acuciosa, documentada y erudita investigación al publicar su obra *El Seminario Conciliar Guadalupano josefino de San Luis Potosí*<sup>75</sup> Y es muy lamentable que no haya escrito más de tanto como conocía de la historia y de la gente de San Luis. La señora doña Matilde Cabrera Ipiña de Corsi (1906—) completó algunos trabajos genealógicos;<sup>76</sup> el señor don Octaviano Cabrera Ipiña (1918—), varios de historia y geografía;<sup>77</sup> y el doctor Joaquín Antonio Peñalosa (1922—) otros de historia y crítica literaria.<sup>78</sup>

Fuera de la capital, en los municipios, aislada y solitariamente cultivan o cultivaron también la investigación histórica otros estudiosos: Cirilo Estrada (1888-1953), Ángel Senosiain (1898-1945) y Andrés Estrada (1917—), las de Matehuala;<sup>79</sup> Lucio M. López, las de Salinas; el presbítero Ezequiel Meza

---

<sup>75</sup> R. Anaya. *El Seminario Conciliar Guadalupano Josefino de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1955. 3 h.p., 9-126 p. de texto, XLIX de notas.

<sup>76</sup> M. Cabrera Ipiña de Corsi. *Cuatro grandes dinastías mexicanas en los descendientes de los hermanos Fernández de Lima y Barragán*. San Luis Potosí, 1956. 3 h.p., 9-181 (I) p., I., 23 cm.; *La familia Hernández Soto de San Luis Potosí*. San Luis Potosí 1966. 4 h.p., 15-201 (I) p., láms. pleg.

<sup>77</sup> *San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1967. 365 p., ils., 28 cm.; *El Real de Catorce*. San Luis Potosí, 1970. 119 p., ils., 23 cm. Únicas obras impresas.

<sup>78</sup> J. A. Peñalosa. *Francisco González Bocanegra, su vida y su obra*. México, 1954. 486 p., 20 cm.

<sup>79</sup> Los hermanos Andrés (sr.) y Cirilo Estrada en sus publicaciones periódicas, especialmente *El Nuevo Día*, dieron a conocer muchos documentos y artículos históricos referentes a Matehuala; el segundo, además, editó varios folletos sobre lo mismo. Senosiain colaboró en la citada publicación, en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* y anotó el *Diario de Don Agustín Soberón*. Andrés Estrada, jr., también colaboró en *Nuevo Día*; es autor de *Matehuala y su Cristo*. San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina, A. C., 1972. 38 p., 4 láms., 22.5 cm.

(1882-1951), las de Armadillo;<sup>80</sup> Eugenio Verástegui (1900—), las de Río Verde;<sup>81</sup> John T. Dale (1960—) y doña Oralia G. de Sánchez, la creadora del Museo de Valles, las de la Huasteca; Macedonio Acosta (1868-1933), Sixto García (1908—) y Gelasio Márquez (1935—), las de Tamazunchale;<sup>82</sup> Manuel Aguilera, las de Charcas y Alfredo Flores (1880-1967) las de Ciudad del Maíz.

Otros potosinos más o porque emigraron del solar nativo o por otras circunstancias, se apartaron de la historiografía potosina pero no de la regional o nacional: David Alberto Cossío (1883-1939) se consagró a la historia neolonesa;<sup>83</sup> Melchor Vera (1885-1962) a la de *Guatzindeo*, Salvatierra;<sup>84</sup> el Exmo. Sr. D. Gerardo Anaya (1881-1958), con su monumental episcopologio, a la biografía de los obispos de Chiapas, su primer sede; el general Juan Barragán (1891—) a la *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, ayudado eficazmente por el poeta matehualense don Ramón Mendizábal (1893—); el maestro don Jesús Silva Herzog (1892—) a la historia de las cuestiones económicas y de la revolución; así como también don Eugenio Martínez Núñez a este último tema; y, por último, al arte el eminente doctor don Francisco de la Maza (1913-1972), cuyo cumplido elogio hizo ya, en este mismo lugar, el maestro don Luis González y González.

En 1965 los sobrevivientes del grupo aquel que se formó en los cuarentas, decidimos dar una estructura organizada a nuestro quehacer de aficionados. Así nació la Academia de Historia Potosina, A. C., cuyo órgano es la publicación trimestral *Archivos de Historia Potosina* que lleva ya 16 números— y que además ha editado treinta y dos folletos y volúmenes dentro de las tres series que integran la colección "Biblioteca de Historia Potosina". Una labor editorial jamás vista en San Luis Potosí. Y todo con la cooperación de los amigos patrocinadores.

Nuestra Academia de Historia Potosina ya sufrió una baja: la senti-

---

<sup>80</sup> P. Meza dejó varios artículos manuscritos sobre Armadillo, S.L.P., su tierra natal. Publicamos unos en *Estilo*, no 20, 1951, 195-210.

<sup>81</sup> E. Verástegui, además de unos cuentos y novelas, tiene varios trabajos inéditos sobre Río Verde, S. L. P.

<sup>82</sup> M. Acosta. Ligeros apuntes para la historia política de Tamazunchale, San Luis Potosí, 1984. 71 p., 21 cm.; S. García. Monografía de Tamazunchale. 2ª ed. Tamazunchale, S. l. P., 1972. 3 h. G. Márquez. *La Huasteca y sus orígenes*. Tamazunchale, S. L. P. 1966. 77 p., láms., 16 cm.; id. Breves apuntes para la historia de Tamazunchale. Época Virreinal. Tamazunchale, S.L.P., 2 h. ed. Mimeograf.

<sup>83</sup> Sobre D. A. Cossío, poeta, dramaturgo e historiador, véase: J. Meade. "Semblanza de un potosino. David Alberto Cossío, historiador y poeta" en *Letras Potosinas*, XVI, 130, octubre-diciembre 1958, 4-13.

<sup>84</sup> M. Vera. *Guatzindeo Salvatierra. Apuntes para una historia local, civil y religiosa*, reunidos y publicados por... Salvatierra, Gto., 1939. 183, p., ils., 19 cm.

dísima del benemérito profesor Ramón Alcorta Guerrero, y en el momento mismo en que, ya jubilado, se daba por entero a la microhistoria potosina. Coronó el desprendimiento y generosidad que lo caracterizaron legando a la ciudad su colección de impresos y demás documentos potosinos. Para albergar dignamente esta colección, el Sr. Lic. D. Antonio Rocha, ahora ex-gobernador del Estado de San Luis Potosí, sacó de cimientos un edificio especial, acabado de inaugurar en la Casa de la Cultura y sede del Centro de Investigación Regional.

Fue esta Academia de Historia Potosina, A. C. la que, el año pasado, con el ánimo de unir a los historiadores de provincia y de elevar la calidad de la microhistoria, convocó al 1 Encuentro de Historiadores de Provincia, con un resultado tal, que no sólo superó con creces las angustiosas esperanzas, sino que plasmó en la fundación de la Asociación Mexicana de Historia Regional, registrada ya como Asociación Civil.

Integran y sostienen viva y dinámica a la Academia de Historia Potosina, A. C. tanto estudiosos maduros como jóvenes que ya han dado su fruto cierto, a saber: Alberto Alcocer, Miguel Armijo, Horacio Caballero, Francisco J. Cossío, Alejandro Espinosa, Octaviano Gómez, Antonio Kalixto Espinosa, José E. Elón, Alfonso Martínez, Rafael Murguía, José Francisco Pedraza, Paulino del Pozo, Arturo Reyes, Moisés Vega y el que habla. Me complace recordarlos porque, hoy por hoy, en las manos de ellos está la historiografía potosina y —hasta donde la pobreza de la provincia lo permite—, con una temática más amplia y un rigor científico mejor que nunca.

Quise, en esta breve reseña a propósito de mi ingreso a esta ilustre Academia Mexicana de la Historia, rendir un homenaje a todos mis conterráneos que, ayer y hoy, en circunstancias sumamente difíciles, sin esperar nada ni de la fama ni de la fortuna editorial, sin más razón que el amor a la patria chica gastaron horas y horas de ímprobo esfuerzo, sus ratos de descanso y aun parte de su fortuna, en rehacer nuestro pasado, que es porción apreciable del pasado nacional. Y, al pensar en ellos, pienso también en los colegas provincianos de la patria entera: estudiosos anónimos y solitarios, unos; investigadores de renombre, otros. Todos, ermitaños de la ciencia reclusos en las cavernas de una problemática muy compleja; todos, encerrados en su rincón provinciano con una pasión tan grande como la carencia de medios y la incompreensión, dispersos y aislados, lejos de lejos de los grandes repositorios históricos y bibliográficos, de los maestros y del renombre; todos, gambusinos que buscan afanosa y amorosamente las pepitas de la verdad pretérita en los

desperdigados cauces de la patria.

Si es para mí un alto honor, un singular honor, venir aquí a ocupar un sitio junto a los maestros de la historia mexicana, que sea, más que por mi nombre y por mi modesta obra, por el nombre y por la monumental obra de mis conterráneos todos: de los que, a lo largo del tiempo, primero, formaron un ambiente adecuado; después, dieron el ser a la historiografía potosina; en seguida, la elevaron y, ahora, la mantienen en el lugar que tan dignamente ocupa dentro de la historiografía mexicana.

Sería un ingrato si en este momento, no recordara también a un singular conocedor y maestro de la historia y del arte mexicanos: el Exmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Guillermo Tritzschler y Córdova, cuya efigie adorna esta sala y cuyas enseñanzas regustamos todavía muchos. Él fue quien, en mi primera juventud, me hizo ver que la historia no es una simple afición sino una ciencia cabal y me avió para que me internara en ella. Gracias a él estoy en donde ahora estoy: en esta sala y entre vosotros.

## Bienvenida al padre Montejano

Por el doctor Luis González y González

Don Rafael Montejano y Aguiñaga viene a ocupar la silla que naturalmente le corresponde, la que dejara vacante, a los 93 años de vida, el más ilustre historiador de San Luis Potosí, uno de los fundadores de esta institución: don Primo Feliciano Velázquez. Pero don Primo murió cuando don Rafael cursaba la juventud, edad no académica. La intromisión de una voluntad misteriosa hizo que fuera lo que debía ser. El sitio que abandonó Velázquez se mantuvo vacío por el tiempo requerido para que el señalado como heredero por los poderes invisibles se añejara suficientemente. Por fin, el 27 de marzo de 1973, las voluntades de los académicos llaman al indiscutible sucesor del ilustre difunto para ponerlo en posesión de la sede que fundó, y ahora, 26 de agosto de 1974, don Rafael, tras de pasarle el plumero, se sienta en la silla que lo esperaba sin nadie desde hace veintiún años.

Si todos los aquí presentes fuéramos de San Luis Potosí, estaría por demás la recordación de un *curriculum vitae* allá archiconocido y muy venerado. Como estamos en la ciudad de México, poblada de capitalinos que suelen desconocer aun los valores máximos de la vida provinciana, no sobra un reportaje sobre la fecunda existencia del nuevo académico. Seré breve. Sé que no es posible hablar en esta ocasión de cada uno de los 55 repletos años y de cada una de las 56 importantes publicaciones librescas del señor Montejano.

El famoso historiador de San Luis a quien la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la España, se complace en recibir hoy en su instituto, nació en la buena ciudad consagrada al rey cruzado y en el mal año de 1919, en un tiempo de penosa convalecencia internacional y nacional. Todavía sentíase el olor de la matachina en que se enfrascaron casi todos los hombres del mundo dizque por no se sabe qué. Todavía México, ocupado en su propia trifulca desde 1910, andaba con muletas, se quejaba de magulladuras, raspones, torceduras, dolores musculares, trancazos contusos, machetazos al rey de espada, puntapiés, reveses dolorosos. El mundo y la patria vivían una convalecencia difícil y penosa.

Según los cálculos de don Wigberto Jiménez Moreno, el beneficiario y quien le da la bienvenida son de la generación de sátiros desencadenados; de una generación poco seria, que da en burlarse de las cosas. Probablemente por haber tenido maestros rebosantes de optimismo, ciencia y solemnidad, se haya despertado en algunos de los nacidos entre 1918 y 1933, la sensibilidad para la burla, para una burla que, dicho sea para consuelo de nuestros queridos mentores, está muy lejos de derribar el edificio de nuestras costumbres. Así, nadie puede decir del padre Montejano que sea un demolidor, pero tampoco nadie puede negar que es un revisionista, un irreverente, un experto en blandir palabras contra esto y aquello, contra un pasado poco glorioso y contra un hoy bastante mal parecido. Don Rafael, como los de la generación precedente, es científico sobrado de sabiduría y método. Con todo, no tiene el aire de sus inmediatos antecesores. Es de otra promoción humana; es un representante de la más sutil sabiduría de la alada generación del medio siglo.

Aunque no falte quien sostenga que el padre Rafael ha sido siempre un sabio, hubo una época en que, por no serlo, fue estudiante. Mientras a un presidente de la República le dio por perseguir sacerdotes y monjas e hizo estallar la cristiada, Rafael Montejano aprendía a leer, escribir, contar y rezar en la escuela José María Morelos, escuela católica y de paga. Concluida la educación primera a los once años, optó por el oficio más zarandeado entonces, por la pluma de vomitar del Jefe Máximo de la Revolución, por el sacerdocio. De 1930 a 1938 estuvo en el seminario guadalupano de San Luis Potosí adiestrándose en humanidades y filosofía. A tan buen humanista, las autoridades eclesiásticas lo despacharon a Roma, a la Universidad Gregoriana, a seguir estudios de teología. De allí salió alineado en la tradición medieval que hace de los hombres eruditos, pensantes e ingeniosos, hombres de iglesia. La Gregoriana le dio la licenciatura en teología en julio de 1942. Su tesis fue sobre *El problema del mal en la ciudad de Dios de San Agustín*.

Aparte de los divinos, sin salir de Roma y del círculo clerical, siguió cursos paganos. En 1943, en la Scuola Vaticana di Biblioteconomía, Paleografía ed Archivistica se preparó para ser lo ahora universalmente reconocido, un bibliotecario y organizador de vejestorios documentales, ágil y de mucho saber. También en Roma, gracias al maestro jesuita don Pedro Leturia y otros ilustres historiadores de la Iglesia, se hizo historiador profesional, obtuvo su licenciatura con una tesis sobre *El problema del clero indígena en México durante el siglo XVI*. Desde entonces, el profesionalismo aunado al auténtico gusto por la

historia, han hecho del padre Montejano una figura sobresaliente en la capital mexicana consagrada a Clío, pues escribe obras a la vez confiables y legibles.

En 1945, de vuelta en su patria y su terruño, doblemente licenciado, reemprende el aprendizaje. En la Escuela de Arqueología y Antropología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí hace estudios de eso, y en la misma Universidad y en los mismos años, aunque en otra escuela, sigue la historia de México. Por otra parte, fortalece sus virtudes de bibliotecónomo en varias ciudades de los Estados Unidos, en la primavera de 1959.

De 1945 a 1959, don Rafael combinó el aprendizaje con la docencia. Después de 1960 abandonó el estudio formal, que no la cátedra. Siempre en San Luis, pero en diversas instituciones y años impartió de modo ejemplar las materias de filosofía, historia universal, historia del arte, biblioteconomía, latín, sociología, historia de México, técnica del periodismo, etimologías, introducción a la economía, ética del trabajo social, etcétera. Que es un hombre del Renacimiento o de la Ilustración, domiciliado por error en el siglo xx, lo prueban lo que ha enseñado y lo que enseña en la actualidad: técnica de investigación y redacción a ingenieros y enfermeras; antropología social, a sólo aspirantes de enfermería, e historia de la cultura a los que van para arquitectos. En San Luis Potosí, ha sido y es "el maestro", sin más.

En mi tierra a don Rafael Montejano y Aguiñaga le dirían "todista". Es buen sacerdote; fue estudiante modelo; es buen catedrático, y ha sido un hacedor de fuste. Ha organizado y maneja estupendamente la biblioteca de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Es también de recordarse que fundó y fue el primero en presidir la Asociación de Bibliotecarios de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana. En 1970 fundó la Academia de Historia Potosina que preside, y dos años más tarde —yo lo vi— trajo gente de donde quiera para el "primer encuentro de historiadores de provincia", encuentro que produjo la Asociación Mexicana de Historia Regional, presidida por él. Y esto no es sino una mínima parte de sus quehaceres. En el capítulo de "cargos" del *curriculum vitae* de nuestro colega figuran 19 instituciones que usan de sus servicios, en las que trabaja con absoluta entrega.

Dentro de las prisas de este acto litúrgico, apenas cabe aludir a la ingente labor periodística de quien ha dirigido las *Fichas de bibliografía potosina y Vid*, y ha colaborado a la difusión de la cultura con artículos de interés permanente que consta en cuatro periódicos potosinos (*Cultura Cristiana*, *El*

*Heraldo, El Sol de San Luis y Estilo) y en la Nueva Enciclopedia Católica.*

Fuera de San Luis, el padre Montejano no hace todavía mucho ruido como periodista y como orador, que sí como editor y autor de libros. Quién ignora que es el responsable de las publicaciones de la Academia de Historia Potosina que en la serie "Cuadernos" ha dado a conocer 31 volúmenes; en la serie "Documentos", cuatro, y en la serie "Estudios", cosa de diez. Quién no sabe que a partir de 1945, fecha de publicación del *Ensayo de estadística eclesiástica potosina* y de las *Lecciones de biblioteconomía*, escribe por lo menos dos obras anuales. Las de 1949 fueron de índole bibliográfica; las dos de 1952, de índole coral; la más famosa del dúo de 1953, la *Guía de San Luis Potosí*, se sigue reeditando y poniendo al día lustro tras lustro. En 1954, sin dejar de hacer coros hablados y monografías referentes a la capital potosina, inició la serie de obras sobre algunas comunidades parroquiales de la diócesis de San Luis.

En 1964 da a conocer la vida de una parroquia muy venida a menos, de la comunidad del valle de Santa Isabel del Armadillo, un pueblo que visto hoy no parece capaz de tanta cosa como la que le atribuye el padre Montejano quien, con gusto y profesionalismo, investigó en los papeles parroquiales de Armadillo y San Nicolás, en los autores más prestigiados de historia de la región y en los dichos de los viejos, y produjo una monografía que se distingue por la enorme información, el buen sentido crítico, la probidad interpretativa y la lengua sabrosa y justa. En poco más de 300 páginas, desde un mirador que difiere mucho del oficial y se acerca mucho al popular, contempla la cuatricentenaria vida de unos pocos miles de habitantes en un pequeño ámbito crecientemente miserable, aporreado por una naturaleza madrastra y una política padrastra.

El segundo alarde microhistórico de don Rafael es de 1967. No me refiero a *Fundadores y fundación de Río Verde*, otra sonada publicación del mismo año. Quiero evocar una obra maestra mandada hacer por un señor cura a propósito del siglo y medio de la fundación del *Valle del Maíz*. Como Paul Valéry, Rafael Montejano produce excelentes obras de encargo. Así ésta, elaborada con cariño y espíritu de curiosidad, como si fuese la historia de su terruño, como que es la historia de una porción de sus campos natales.

Pese a la falta de notas de pie de página, ningún erudito puede poner en duda sus sólidos cimientos documentales. No obstante lo copioso de la información, ningún aficionado a la buena lectura la soltará antes de llegar al

fin. Como es un voluminoso libro escrito por un sacerdote para otro sacerdote sobre una comunidad devota, la vida de religión está ampliamente tratada, que no olvidadas las vidas política, económica y social.

Los libros microhistóricos, modelos en su género, que se deben a la pluma de Montejano, van para la docena. Baste enumerar *Alaquines y su Señor del Santo Entierro*, *Del viejo San Luis*, *El palacio municipal de San Luis Potosí* y el muy reciente sobre *Cárdenas*, el municipio llamado así no por el Tata, sino por un antihéroe, por un tal Luis de Cárdenas que maltrató indios "con gran malicia en el siglo XVII", que hizo a la gente del lugar sufrida, que la capacitó para resistir resignadamente a tres héroes del México contemporáneo, al trío de los Cedillo, a los hermanos Magdaleno, Saturnino y Cleofas.

En una cápsula de diez minutos no cabe la referencia de todas las habilidades de Montejano. Me guardaré para momento más oportuno la mención a la manera extraordinaria como ha ejercido un género histórico ahora en decadencia: la crónica de santuarios, imágenes milagrosas y figuras ejemplares de la vida cristiana. Tampoco hay tiempo para hacer el debido elogio de sus logros como historiador de las letras. Aquí apenas cabe mencionar dos obras fundamentales sobre *Lo que escribió Othón* y *El Ambiente cultural en la juventud de Othón*, y a un coloso, aún no édito, que ya se llama *Diccionario biobibliográfico de escritores potosinos*.

Sin duda don Rafael Montejano y Aguiñaga merece el sobrenombre de maestro de toda erudición potosina. Ningún historiador de antes ni de ahora ha llegado a saber tantas potosinadas como él. Como principio de cuentas ha conseguido un conocimiento en extensión y profundidad y de punta a punta de todos y cada uno de los historiadores que lo precedieron en la labor de descubrir a San Luis. En 1961 y 1966 publicó sesudos recuerdos de don Primo Feliciano Velázquez; en 1972, de don Joaquín Meade y don Francisco de la Maza, y ahora, en el discurso que acabamos de escuchar, acerca de la poblada pléyada de historiadores potosinos.

El profesionalismo y la afición a la historia del padre Rafael, la variedad, la enorme cantidad y la exquisita calidad de la obra montejana, y el justo prestigio de que goza el sabio Aguiñaga en la república de los historiadores explican la presencia, en la parte superior de este recinto, del padre Rafael Montejano y Aguiñaga, a quien faltándole al respeto, me gustaría decirle: ¡Bienvenido, camarada!

